

pensativo, veía arrastrar por el viento los restos de un amor detestado, del amor de otro, de un amor que le había desgarrado el corazón.

Y ¡cosa singular, sentimiento inesplicable! aquellas cartas, odiosas, irritantes; aquellos billetes de amor, leídos y releídos, que creía infames, los echaba ya de ménos.

Por una especial transformación de su personalidad, le parecía que aquello era algo así como una parte de su ser, puesto que los objetos destruidos eran algo de *ella*. No respiraba ya aquel penetrante aroma, que era Marsa. Ahogaba aquella voz que decía á otro: «¡Yo te amo!» pero que á él le causaba el mismo estremecimiento que si ella murmurase las mismas palabras dirigidas á él.

Eran las cartas recibidas por su rival que él lanzaba al viento del mar convertidas en polvo impalpable, y no obstante—¡extravíos del humano corazón!—esperimentaba un amargo sentimiento como el hombre que de aquel modo ha destruido parte de su pasado.

Al mismo tiempo que al mar, le envolvía á él en sus sombras la oscuridad de la noche.

—En verdad que bien vale la pena el sufrir tanto y el hacer sufrir—dijo al cabo de un momento,—puesto que de todos nuestros amores, de nuestro espíritu y de nosotros mismos, pasado el tiempo, ¿qué queda? ¡eso!

Y á la débil luz del crepúsculo, seguía con su mirada el último átomo de aquellas pavesas impelidas por el viento.

XXVIII.

La soledad en que Andras vivía llegó á hacerse muy pesada. Aquellas czardas que el día anterior había oído interpretar, lanzadas al aire por músicos tziganos, amontonaron un cúmulo de recuerdos en la cabeza de Zilah, que excitando su sistema nervioso, le sumieron en profunda tristeza pareciéndole que la playa estaba desierta después de que aquellos artistas la habían abandonado al mismo tiempo que Varhely.

En medio del incesante murmullo del mar, y del ruido un tanto armonioso que producían las olas, viniendo á chocar contra los muros de la villa que habitaba, el príncipe echaba de ménos la nota estridente del zímbal resonando por los ámbitos en el jardín Frascati. Es que aquella nota venía á ser como un llamamiento para que su memoria evocase la imagen de Marsa. Y de un modo tenaz, irresistible aquella imagen se apoderaba de aquel hombre que, con una especie de cólera mortificante que éltomaba por odio, inútilmente se esforzaba en desechar aquellos recuerdos punzantes cual el dolor de otras tantas heridas.

Puesto que aquel París, de quien él huía, venía á buscarle a aquel sitio, y puesto que Mar-

sa se le aparecía tan presente como si hubiese vivido allí á su lado, ¿qué objeto tenía ya su permanencia en Sainte-Andresse? se decía Zilah.

Resolvió, pues, marcharse, y abandonó el Havre.

Pero la tarde misma del día en que regresó á París, entre la animada confusión de los Campos Eliseos, en la larga avenida profusamente alumbrada, en las iluminaciones y el barullo de los cafés-conciertos, en el eco de los instrumentos músicos metálicos atravesando el espacio, en todas partes se le aparecía siempre la tzigana como un fantasma que le perseguía y él creía ver entre los infinitos paseantes que llenaban aquellas calles, los cuales, á pesar del ruido de sus pisadas sobre el asfalto, no impedían que á los oídos del Príncipe llegaran las notas de la canción de *Plevna*, ejecutada no muy lejos de aquel punto por alguna orquesta húngara, como allá en la playa, en el Havre.

Esto hizo que, sin detenerse, volviera á su hotel dispuesto á encerrarse, para no ver ni oír nada, creyendo que así se libraría de aquella insistente y pertinaz visión casi fantástica.

En vano pretendió dormir. La fiebre quemaba su sangre. Se levantó, quiso leer, abrió la ventana; pero todo fué inútil. Marsa Laazlo se le aparecía inevitablemente como el espectro de su dicha.

—¡Qué débil es el corazón humano!—se decía lleno de rabia—¿De modo que la amo, que no puedo dejar de amarla?

Y no podía menos de considerarse despreciable cuando le asaltaban deseos de volver á la casa de Maissons-Laffite, en la cual él había experimentado el dolor más atroz de toda su vida. El sufrimiento puede amortiguarse; no, él quería mantenerlo agudo, abrir de nuevo la llaga y hacerla sangrar. ¿Y para qué? Así como así, él no olvidaba y no olvidaría nada. La herida no se cicatrizaría.

Si hubiera sido sincero, tenía que confesar que era su amor y siempre su amor, vivo y arraigado, lo que le impulsaba hacia todo lo que pudiese recordarle á Marsa y que tenía que apelar á un esfuerzo casi sobrehumano para no ceder á aquella obsesión.

Hacia una semana que Andras se hallaba de vuelta en París cuando un día le anunciaron la visita del general Vogotzine. Por un momento pensó en no recibirlo, pero esto, allá en el fondo de su alma, le dolía, sin atrevérselo á confesar á sí mismo. La visita del general le causaba verdadera alegría. Iba á tener ocasión de hablar de *ella*. Su pasión le daba la excusa hipócrita de que después de todo, él no tenía derecho para cerrar la puerta á Vogotzine.

El anciano ruso se presentó con timidez y cierto embarazo, sin poder dominar su emoción hasta haber notado que Zilah le hacía un recibimiento fino, correcto y triste.

Andras hizo sentar al general, que, como caso extraordinario, no había recurrido al alcohol aquel día para estar elocuente.

Bastante inquieto y muy colorado, Vogotzi-

ne no sabía cómo empezar las negociaciones, por más que, gracias á que estaba en ayunas, tenía, por lo menos, la seguridad de no soltar muchas necesidades.

—Voy á deciros de qué se trata—exclamó á la vez que se secaba la frente.—El doctor Fargeas, que es quien me envía, pudo venir él mismo... Pero ha creído que yo, su tío... tenía el deber de...

—¿Venís á hablarme de Marsa?—preguntó Andras, inconscientemente dichoso de poder pronunciar aquel nombre.

—Sí—y el general tornó repentinamente á su timidez,—de... Marsa... Sufre mucho, Marsa... Está dominada... por el estupor, según dice Fargeas... No pronuncia una palabra... nada... Es un autómeta... ¡Da pena ver á aquella infeliz, mucha pena!...

El general fijaba su inquieta mirada en Andras, que pretendía aparecer impasible al mismo tiempo que su barba rubia se veía agitada por un movimiento nervioso é involuntario.

—Ha sido imposible sacarla de tal estado—añadió Vogotzine... —El doctor no consigue dar en el quid, como se dice vulgarmente... Solo confía en una... en una prueba...

—¿Qué prueba?

—La siguiente. El médico desearía saber si... perdonadme lo que os voy á proponer... la idea es del doctor Fargeas... si... al encontrarse nuevamente... supongo... yo no soy el que habla... al encontrarse nuevamente en vuestra presencia .. en casa del doctor Sims... un

destello de lucidez... una emoción... Yo no sé lo que Mr. Fargeas espera... pero os trasmito sus palabras... cumplo su encargo...

—¿El doctor—dijo Andras friamente—quisiera que... vuestra sobrina volviese á verme?

—Sí... y que os hablase... Ya veis... vos sois el único ser por el cual...

El Príncipe interrumpió al general, que en el momento quedó mudo, con tanto respeto como si estuviese delante del czar.

—Está bien... Pero lo que pretende el doctor Fargeas es una prueba que me hacer sufrir atrocemente...

Vogotzine no dijo una palabra más.

—¡Volver á verla!... ¡Quiere que todo mi dolor asome á mis labios!

Impasible, y como en una parada, el general esperaba la resolución.

Pasado un momento, en que Andras permanecía callado, Vogotzini creyó que podía hablar:

—Ya comprendo... Sabía lo que ibais á responderme... Se lo había dicho al médico... Pero al oirme éste, añadió: «Siquiera sea por humanidad... el Príncipe no se negará...»

No ignoraba el príncipe Zilah hasta qué extremo podían disponer de él á su antojo apelando á la palabra *humanidad* que Fargeas—conociéndolo ó sospechándolo en Andras—invocaba en aquel caso como una orden.

El Príncipe era incapaz de negar su compasión á la última de las criaturas. Así sufriera hasta la médula de los huesos, ya que el doc-

tor consideraba que su presencia podía ser útil, estaba resuelto á ir donde él quisiera.

—¿Cuando desea Mr. Fargeas que me presente?

—Cuando querais — contestó Vogotzine.— Precisamente ahora debe estar el doctor en Vaugirard pasando la visita con su colega y...

—¡No le hagamos esperar!

Los grandes ojos rojizos de Vogotzine se iluminaron repentinamente.

—Segun eso... ¿accedeis? ¿vais á venir?...

Y buscaba una palabra de agradecimiento, que Andras Zilah contuvo secamente.

—Voy á mandar que enganchen—dijo el príncipe.

—Yo tengo carruaje —replicó satisfecho y contento Vogotzine. Podemos, pues, partir al momento.

Durante el camino, Zilah siguió casi silencioso, y Vogotzine, apoyado en la portezuela, miraba á todas partes, sin pronunciar una palabra, cuando el príncipe no le decía ó preguntaba alguna cosa.

Al llegar á Vaugirard se detuvieron ante el ancho portal de una casa alta, que debió construirse en el siglo XVIII y que, por su aspecto, parecía haber sido en otro tiempo convento. El general, descendiendo lentamente de la berlina, habia ya llamado á la puerta y se apartaba á un lado para que pasára delante el príncipe, cuya emocion no pedia ocultarse.

Aquella emocion se retrataba en Andras por su tiesura, por su andar lento y pausado, como

si cada uno de sus movimientos le costase un esfuerzo. Maquinalmente se atusaba la barba, y con sus ojos azules escudriñaba el jardín que atravesaban—como si á los primeros pasos hubiese de tropezar con Marsa—para llegar á un gran pabellon cuyos tejados de pizarra se descubrian al extremo de una calle de tilos.

El doctor Fargeas se manifestó muy contento al ver al príncipe. Dióle las gracias por su solicitud en acceder á sus ruegos. A Mr. Fargeas acompañaba un hombre flaco, rubio, de ojos grandes y expresivos, de aspecto grave y pensativo y de correcta amabilidad. El médico lo presentó al príncipe.

Era el doctor Sims.

Mr. Sims opinaba lo mismo que su colega. Despues de haber arrancado á la enferma de su habitual residencia, de haberla separado de cuanto pudiera recordarle el pasado, el médico la creia ya, despues de los muchos meses transcurridos en aquel aislamiento, libre de la impresion que le causara la vista de las cosas de otro tiempo, para que al encontrarse de nuevo súbitamente ante una persona tan querida como lo era el príncipe Zilah, sufriese una emocion, una sacudida que pudiera sacarla de su mórbido estado.

Y Fargeas esplicaba las razones en que se habia apoyado para aconsejar que se trasladase á la enferma de Maissons-Laffitte á Vaugirard. El nuevo régimen de vida la proporcionaria un saludable aislamiento, teniendo en cuenta que allá, en su antigua residencia, el

objeto más insignificante podía provocar una crisis.

—Zilah notó que Fargeas cuidaba de no dar ningún nombre ni título á Marsa. Con su golpe de vista y su tacto habituales, el médico había adivinado el drama de la separación. Ni una vez llamó á Marsa *princesa*. Siempre la indicó con aquel nombre, piadoso en extremo: *la enferma*.

—Debe estar en el jardín—dijo amablemente Mr. Sims, cuando el doctor Fargeas hubo terminado de hablar á Andras. —¿Queréis verla?

—Sí,—contestó el príncipe, cuya voz se puso algún tanto velada.

—Vamos, pues, á buscarla en seguida, y luego, si os parece, os presentareis de pronto á ella. Intentaremos esta prueba. Si no os reconoce, esto nos indicará que el estado de la enferma es más grave de lo que nos figuramos. Si, por el contrario, llega á reconocer, entonces espero que conseguiremos su curación. Venid.

El doctor Sims se inclinó para que pasara el príncipe.

—Y yo, ¿os acompaño, señores?—preguntó Vogotzine.

—Naturalmente, general—respondió Fargeas.

—Es que... yo os diré... á mi los locos es un espectáculo que me causa un efecto singular... No tengo curiosidad por verlos... ¡Eufin! ¡Es mi sobrina! ¡Vamos!

Y dió una fuerte sacudida á su *redingote* como si se sujetara el cinturón, preparándose para un asalto.

El doctor Sims hizo que Mr. Fargeas y los otros dos caballeros le siguieran por una escalera, y les llevó á un gran jardín lleno de árboles seculares á cuya sombra sentadas, conversaban varias personas, leían tranquilamente ó paseaban de uno á otro extremo.

A lo lejos se veía un vasto edificio nuevo de un solo piso y que tenía aspecto, de invernadero. La constituían una serie de habitaciones donde se alojaban los pensionistas del doctor Sims, cada uno de los cuales tenía su manía.

—De modo que—preguntó Zilah, señalando aquellos seres pacíficos que recorrían con calma las calles de árboles ó gesticulaban conversando formalmente como si fuesen políticos que estuvieran rectificando el mapa de Europa—¿esos son locos?

—Si—replicó el doctor Sims,—nadie lo creería. Podeis hablarles al pasar. Todos estos son pacíficos.

—¿Tenemos que atravesar el jardín?

—Nuestra enferma está más allá, en otro que hay de tras de ese edificio.

Al pasar Zilah miraba á aquellos seres desgraciados que con un movimiento ó una palabra saludaban al doctor Sims y al médico Mr. Fargeas. Le parecía que á su aspecto se mezclaba la satisfacción de quien ha llegado al extremo apetecido. Vogotzine, tosiendo ligeramente, no se separaba del príncipe y demostraba no hallarse muy á gusto entre aquellos dementes. Andras, por el contrario, tenía que hacer un es-

fuerzo mental para persuadirse de que realmente se encontraba entre locos.

—Ved—le dijo Mr. Sims indicándole un señor anciano, vestido según la moda de 1840, que se asemejaba á un grabado antiguo de un *lion* del tiempo de Gavarni—ese está en el establecimiento hace más de treinta y cinco años... No ha querido que variaran el corte de sus trajes de otro tiempo; tiene un sastre que le viste del mismo modo que se vestía en la época antigua... Y se considera feliz... Se cree ser Merlin... el encantador Merlin... y escucha á Viviana, que le dá citas bajo los árboles.

En aquel momento pasaban por delante del anciano loco, que aprisionado en su alta corbata y vestido de ceñida y larga levita y anchos pantalones, mostraba su agudo perfil de doctrinario, y les saludaba.

—¡Buenos días, señor Sims!... ¡Buenos días, señor Fargeas!

Luego, como el director del establecimiento se le aproximase para hablarle, se llevó un dedo un los labios, diciendo:

—¡Chist!... *Ella* está ahí... ¡No digais nada! ¡*Ella* se irritaría!

Y al decir esto, señalaba con una especie de apasionada veneración un olmo dentro del cual estaba encerrada Viviana, y de donde, al momento iba á salir.

—¡Pobre diablo!—murmuró Vogotzine.

No pensaba así Zilah. Se preguntaba más bien si aquella dichosa locura, que databa de tantos años, aquellos amores eternos con la hada Vi-

viana, aquellos amores que á pesar de los años y las arrugas no envejecían, no debían considerarse como la forma ideal de la felicidad del que está condenado á estar en el mundo. Aquel ser vivía en pleno ideal, con su monomanía de la poesía, encontrando en el asilo de Vaugirard reunidas todas las seducciones, todas las risueñas ilusiones de la landa bretona, con sus flores de oro y sus arbustos olorosos, todo el encanto embriagador de la selva de Broceliande (1).

—¡El toca con su mano lo que un Shakespeare se contenta con soñar! ¡Quizá la locura sea sencillamente el ideal realizado!

—¡Oh!—replicó el doctor Fargeas—pero lo real jamás pierde sus derechos. ¿Podría, á no ser así, ese maniaco conservar á un tiempo los vestidos de su juventud—que hacen que no se sienta ó que no se vea envejecer—y el sueño acariciado en su vida que le consuela de la pérdida de su razón? Si lo consigue es por ser rico. Gracias á sus rentas puede costearse un sastre que le vista á su capricho y pagar el pabellón separado que ocupa en el establecimiento, así como los criados particulares que tiene á sus órdenes.... Suponed que fuese pobre... ¡cuánto no sufriría!

—Lo cual significa—dijo Zilah—que el dinero aparece siempre, hasta en la locura.

—Y que tal vez es la felicidad, porque teniendo lo le permite á uno comprarla.

(1) Bosque por donde, según la leyenda, vagaba la hada Viviana.

—¡Oh?—añadió el Príncipe—para mí la felicidad sería....

—¿El qué?

—¡El olvido!

Y con su mirada seguía á aquel enamorado de Viviana, que tenía el oído pegado al tronco del árbol para escuchar la voz de la hada, la cual sólo á él le hablaba.

—Este otro—dijo en seguida el doctor Sims, designando á un hombre joven todavía que venía hácia ellos—es un escritor de mucho talento cuyas novelas habreis leído seguramente y queha perdido la conciencia de su personalidad. Aficionado en otro tiempo al ruido, al escándalo, á los artículos de los periódicos, hoy día está cansado y repleto de todo eso. A fuerza de escribir y más escribir, y de haber desleído su cerebro en la tinta, ha llegado á tener horror á cualquier impreso; nunca se le ocurre pasar la vista por un periódico ni por un libro. Se entretiene en absorber el aire, en coger flores y en ver pasar los trenes (el ferrocarril costea una parte del jardín por allá abajo) y en digerir.

—¿De modo que es muy feliz?—preguntó Andras con la ansiedad del que sufre.

—Mucho.

—Eso se debe á que ha olvidado—dijo el príncipe.

El hombre aquel, muy flaco, de rasgos regulares y barba negra todavía, se aproximó saludándoles.

—No quiere deciros su nombre—murmuró

Sims al oído del príncipe—pero si vos se lo citárais, os respondería: «¡Ah, sí, lo he conocido!... Era un hombre de talento... de mucho talento!» Para él no existe ya nada de lo que fué su vida anterior.

Y Zilah seguía casi envidiando aquellas catástrofes en las que todo el ser se hunde con la pesada carga de sus penas en el profundo y negro agujero del olvido.

El escritor, es decir; el que había sido escritor, se detuvo delante de Mr. Sims y de Mr. Fargeas.

—El tren de Mediodía ha sufrido un retraso de tres minutos y medio—dijo con mucha tranquilidad.—¡Avisad!... ¡Eso es grave, muy grave, porque tengo la costumbre de regular mi reloj por ese tren!...

—Yo avisaré—le contestó Mr. Sims.—A propósito; ¿quereis libros?

En el mismo tono suave y tranquilo, respondió el otro.

—¿Con qué objeto?

—Para que los leais.

—¿Y á qué fin?

—Periódicos... Para que sepais...

—¿Para saber qué?... ¡No, á fé mia!... Est'an grato, tan grato, no saber nada... nada... nada... ¿Acaso el *Diario oficial* anuncia que ya no hay guerras, ni miseria, ni asesinatos, ni enfermedades, ni malvados, ni envidiosos?

Se espresaba con una volubilidad estremada

—¿No? ¿Todavía no ha dejado de publicar tales cosas el *Diario oficial*? ¿Entónces, á qué leer

los periódicos?... Salud, doctor. Buenos días, señores,

El príncipe se estremeció al oír la amarga lógica del loco, que hablaba con la terrible claridad del demente que no necesita medir sus palabras.

Vogotzine se reía y murmuraba:

—Diablo, estos locos no tienen nada de tontos, absolutamente nada.

Una vez que hubieron llegado al extremo del jardín, el doctor Sims abrió una verja que servía de separación entre el departamento de los hombres y el de las pensionistas. En efecto, tras de aquella barrera, Andras distinguió varias mujeres que andaban por entre los arbustos de los jardinillos, solas las unas y acompañadas de vigilantes las otras. A la terminación de aquellos paseos, y al mismo nivel del jardín, pero separado por un foso profundo y una pared no muy alta, estaba la vía férrea, por donde se veían pasar los trenes despidiendo sus penachos de humo.

Zilah experimentaba una sensación de ahogo al penetrar en aquel último recinto en el cual, entre aquellas especies de fantasmas femeniles vistos de lejos, se encontraba indudablemente la que él había amado...

Con la mirada inquieta se volvió hacia monsieur Sims.

—¿De modo —dijo— que está ahí?

—Ahí está—contestó el doctor.

El príncipe dudaba si avanzar ó no.

No había vuelto á verla desde el día en que

casi estuvo por darla la muerte á sus mismos piés, cuando arrastrándose por el suelo con su vestido de boda, imploraba su perdón. ¿Qué sería de aquella hermosa Marsa despues de haber perdido la razón?

Tentaciones le daban de desandar el camino y alejarse de aquel sitio precipitadamente sin verla.

—Por aquí—dijo Fargeas.—Podremos distinguirla, sin que ella note, por entre la espesura, ¿no es verdad, mi querido Sims?

—Sí, querido maestro.

Zilah se dejaba guiar. Seguía a los médicos sin decir palabra y oyendo tras él la anhelante respiración de Vogotzine, que parecía el soplo del fuelle de una fragua.

De pronto el príncipe sintió en el pecho como la impresión de una mano de hierro puesta sobre su corazón.

—¡Héla ahí!—había dicho Fargeas.

Y con un gesto designaba por entre las lilas, que se confundían con las retamas, á dos mujeres que muy lentamente venían hacia ellos, la una rubia, vestida de enfermera, la otra, que era Marsa, en traje negro, como llevando el duelo de su propia vida, pálida, erguida.

Marsa caminaba hacia donde estaba Zilah, ¡si quería, casi podía tocarla con su mano á través de las hojas! El mismo Vogotzine contenía su respiración, solo se oía el ruido de la arena crujendo bajo las pisadas de aquellas dos mujeres.

Los ojos de Zilah se fijaban ansiosos, como

pretendiendo descubrir un secreto ó descifrar un nombre—el de Meuko ó el suyo—en el rostro de Marsa. Era un rostro de mármol con los inmóviles rasgos de un cadáver. Sus ojos negros miraban vagamente sin que en ellos se reflejase ningún pensamiento, nada. Zilah tembló de nuevo. Aquella mujer le causaba miedo.

Miedo y lástima. Tentado estaba de abrirse paso por entre los arbustos y extender sus brazos para detener aquella pálida vision. Le parecía ver pasar el cadáver ambulante de su amor.

Ya se había alejado ella bastante y todavía el Príncipe continuaba como clavado en su sitio.

De pronto miró á su alrededor. El viejo Vogotzine parecía no encontrarse muy á gusto. Solo y muy tranquilo, el doctor Fargeas, despues de haber consultado con la vista á Mr. Sims, dijo al Príncipe terminantemente:

—Ahora es preciso que os presentéis.

La orden del médico, lejos de desagradar á Zilah, le causó un verdadero placer. Ya se impacientaba de que Fargeas no intentase la prueba. Ansiaba que llegase el momento de hablar á Marsa, de saber si su mirada, si su aliento, cual el vienteillo que enciende las cenizas medio apagadas, lograría hacer brillar una chispa de vida en aquellos ojos apagados.

¿En quién pensaba ella, caso de que pensara?

¿Qué recuerdo se agitaría sin cesar en aquella cabeza vacía?

¿El suyo ó el del otro?

¡Oh, él lo sabría! Quería saberlo.

—Por aquí dijo el doctor Sims.—Vamos al ex-

tremo del paseo para encontrarnos frente á frente con ella.

—¡Vamos!—añadió Fargeas.

Zilah le siguió. A los pocos pasos llegó al sitio designado, cerca de la pequeña pared tapiada de plantas que separaba el jardín de la vía férrea. El Príncipe vió venir, en direccion á donde él se hallaba, andando lentamente con paso torpe, á Marsa, no, á otra Marsa, al espectro ó á la estatua de Marsa. Una Marsa muerta que anduviese.

—Esperemos—dijo Fargeas.

Hizo una señal á Vogotzine para que se alejara, y junto con éste los dos médicos se deslizaron tras los árboles.

Zilah quedó solo, de pié en medio del paseo, muy conmovido y casi temblando.

La enfermera que acompañaba á Marsa debió haber recibido sin duda instrucciones del doctor Sims. Al distinguir al Príncipe cesó de marchar al lado de la joven, dejando de aquel modo sola á la tzigana y marchando tras ella á distancia de cuatro ó cinco pasos.

Sumida en estupor, Marsa avanzaba con la cabeza alta y descubierta, sus negros cabellos desparramados por el viento sobre su frente, y siempre hermosa á pesar de su demacracion, marchaba adelante sin mirar á ninguna parte, con la boca cerrada como por el sello de la muerte. Había llegado ya á dos pasos de Zilah.

Este la esperaba fijando en ella sus ojos azules, envolviéndola en una mirada en la que había amor, piedad, ira y también ardientes lágrimas

contenidas. Cuando la tzigana llegó adonde él esperaba, tropezando casi con el Príncipe en aquella pausada marcha, erguida y silenciosa, se detuvo bruscamente como un autómatas.

La presencia de un obstáculo la hizo parar repentinamente, quedándose tiesa, sin hacer un movimiento, sin avanzar, sin retroceder y mirando.

El doctor Fargeas y Mr. Sims, á pocos pasos de allí, estudiaban su mirada atónita, todavía extraviada y sin que reflejase idea alguna.

Marsa, que seguía en aquel profundo estupor, como envuelta en un sudario, permanecía de pie, inmóvil, con los ojos clavados en Andras. A poco, súbitamente, cual si hubieran hundido un oculto puñal en su corazón, viósele estremecerse, agitada por un temblor nervioso; su rostro—aquel rostro pálido, marmóreo é impasible—fue recobrando expresión por momentos y revelando un loco terror; en aquel estado de excitación dió señales de querer hablar, y de sus labios entreabiertos, como de los de una máscara trágica, se escapó un grito tan agudo como los silbidos de las máquinas que cruzaban por la inmediata vía férrea.

Extendió los brazos hacia adelante; sus temblorosas manos se juntaron, y cayendo de rodillas, como si fuese una masa inerte, aquella voz que desde hacía tantos días sólo pronunciaba con dolorosa amargura: *Yo no sé, no sé...* cambió de inflexión haciéndose ahora ahogada y balbuceando: «¡Perdon! ¡Perdon! ...»

Después—continuando arrodillada—su cara se

cubrió de mortal palidez; al inclinar la cabeza hacia atrás, su cuello se congestionó, y gracias á lo espeso de su cabellera, pudo librarse del golpe que necesariamente habría de sufrir al dar con su cuerpo en tierra.

Zilah se precipitó instantáneamente; y ayudado de la enfermera y del doctor Fargeas, levantó á Marsa, que seguía desmayada.

El pobre Vogotzine estaba rojo y encendido, como si le amenazara una apoplejía.

—¿Sabeis, señores, que sería espantoso si con esta prueba la hubiéramos causado la muerte?—dijo.

—¡No temais! lo que ha muerto es el estupor—respondió Fargeas.—Ahora dejadnos obrar á nosotros. ¿No es cierto, mi querido Sims? ¡Puede y debe curar!